BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

¡MUERTE! ¡ETERNIDAD!

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica
Impreso en ARTES GRAFICAS ORELLANA, S.L.
Cervantes, 59 - CORIA DEL RIO (Sevilla)

Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACION

Los más de los hombres no piensan en la muerte; pero *«ésta es la ley desde el principio: que has de morir. Cómo las hojas verdes de un árbol frondoso, que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre: unos mueren y otros nacen»* (Eclo. 14, 18-20).

«¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte?» (Sal. 88, 49). Todos sabemos que hemos de morir; pero creemos que la muerte está muy lejana, y por lo mismo los jóvenes dicen: ¿Cómo pensar en la muerte, nosotros que estamos comenzando a vivir?. Y mientras tanto no se dan cuenta que corren a la muerte desconsideradamente y sin haber hecho nada bueno y con el alma cargada de pecados.

Amigos lectores: A todos y a cada uno, en nombre de Dios, os digo: *«En todas tus obras*

acuérdate de los novísimos y no pecarás jamás» (Eclo. 7, 40). De los «novísimos», dijo Pablo VI, hablan pocos y poco; mas, como estamos de paso en la tierra según nos dice el Concilio Vaticano II, los hemos de tener muy presentes.

El pensar en la muerte, como en la eternidad, es un «gran pensamiento», como lo llamó San Agustín, por que él nos moverá siempre a obrar el bien.

Primero expondré con la brevedad posible lo que nos dice la revelación divina sobre la muerte, y después lo más esencial sobre la eternidad, y espero que estas enseñanzas nos conduzcan a todos a vivir pensando en lo que es eterno, y no cifrar sólo nuestras esperanzas en las cosas de la tierra que pronto tenemos que dejar.

Somos peregrinos sobre la tierra y en el tiempo. Existe una vida futura, y ¿cuál, va a ser nuestro deber, sino vivir preparados para ella?.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, enero 1991

PIENSA EN LA MUERTE

Pensar en la muerte es muy ventajoso

Si queremos saber vivir, tenemos que aprender a morir, pues sabiendo que *«está decretado que todos los hombres han de morir una vez»* (Heb. 9, 27) y que nuestra vida es muy breve, es una locura no pensar en la muerte, y tengamos por cierto que no porque pensemos en ella, vamos a morir más pronto.

Un filósofo pagáno, Séneca, nos habla así: «Nada os será más útil para adquirir la templanza en todas las cosas, como el frecuente pensamiento de la brevedad del tiempo y su incertidumbre. En todos vuestros negocios dad una mirada a la muerte» (Epist. XIII).

La Escritura Santa nos dice: *«Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá»* (Eclo. 14, 12-15). Este pensamiento te ayudará a ordenar mejor tu vida.

«Meditar en la muerte es ser filósofo», dijo Platón. «El que tiene siempre su hora ante la vista, desprecia facilmente todas las cosas de la tierra» (S. Jerónimo).

Sabio es este consejo de San Gregorio Magno: «Cuando nos sentimos enamorados de la hermosu-

ra humana, es preciso pensar en lo que será el cuerpo cuando la vida lo haya abandonado; se comprenderá entonces lo que se ama. Nada es más poderoso para dominar el apetito de los sentidos como el meditar lo que será después de la muerte la persona que amamos viva».

«Vivid con el pensamiento de la muerte, dice San Jerónimo; la hora huye; el instante en que os hablo está ya lejos», y del mismo Santo son estas bellas y preciosas palabras: «Ya comiendo, ya bebiendo, ya estudiando, ya haciendo cualquier otra cosa, siempre resuena en mis oidos la trompeta del último juicio: Levantaos, oh muertos, y venid al juicio».

¿Para quién es temible la muerte?. Para el que tiene su corazón apegado a las cosas de este mundo. *«¡Oh muerte,* exclama el Eclesiástico! *¡Cuán amargo es tu recuerdo para el hombre que vive en paz en medio de sus riquezas!. ¡Oh muerte, dulce es tu sentencia para el hombre pobre y virtuoso!»* (Eclo. 41, 1-3).

Origen de la muerte

El hombre no estaba destinado a morir, pues *«fue creado para la inmortalidad»* (Sab. 2, 23). Dios, pues, no es el autor de la muerte, sino el

hombre. Pecando, dio voluntariamente origen a la muerte. En el libro sagrado del Génesis, se nos dice que el Señor dio un mandato al hombre, diciéndole: *«Puedes comer de todas las frutas del jardín; pero no comas de aquella del árbol de la ciencia del bien y del mal; porque en el día que de ella comas morirás»* (2, 16-17).

Adán quiso probar el fruto prohibido, y la muerte fue consecuencia de aquella grave desobediencia, y por ese pecado original, pecado de desobediencia con raíz en la soberbia, quedaron nuestros primeros padres y todos nosotros, como descendientes suyos, sujetos al trabajo penoso, al dolor y a la muerte. Por tanto la muerte es pena o castigo del primer pecado (Rom. 6, 23). *La muerte entró en el mundo por envidia de Satanás,* como leemos en el libro de la Sabiduría (2, 24).

Sólo después de la caida de Adán, Dios le dijo: *«Por tí (por tu pecado) será maldita la tierra..., con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres y al polvo volverás»* (Gén. 3, 17-19). San Pablo nos dirá: *«Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte...»* (Rom. 5, 12). La muerte, pues, es efecto del pecado.

El hombre, dice San Agustín, había sido crea-

do inmortal; ha querido ser Dios; no ha perdido su cualidad de hombre, pero ha perdido la inmortalidad; y del orgullo de la desobediencia proviene la pena de la naturaleza.

No hay quien resista a la muerte

En la Biblia leemos: *«¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte?»* (Sal. 88, 49). Los impíos y los libertinos dudan algunas veces de las grandes verdades de la religión, porque la voz de las pasiones y del endurecimiento espiritual es tan poderosa, que no oyen ya la voz de Dios ni los gritos de su conciencia; pero ninguno ha puesto jamás en duda la certidumbre de la muerte...

«No tiene poder el hombre sobre el espíritu para detenerle, ni tiene poder sobre el día de la muerte» (Ecl. 8, 8). La muerte es una poderosa dominadora que manda a todos los hombres, y sabe hacerse obedecer. Quiere que nos preparemos a recibirla, y que todos los hombres estén siempre prontos y dispuestos para cuando llegue; pero ella no espera a nadie. En el tiempo marcado llama, y hemos de seguirla en el acto... ¡Triste del pecador, del incrédulo y del impío!. No pueden resistir a la muerte; y ¡quieren resistir a Dios, que es eterno, infinito y omnipotente!...

«Como vestido se envejece toda carne (todo hombre), porque esta es la ley desde el principio: que has de morir. Como las hojas verdes de un árbol frondoso, que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre: unos mueren y otros nacen. Toda obra humana al fin se acaba... (Eclo. 14, 18-20); pero no todo termina aquí.

En la Sagrada Escritura leemos: *«No estéis tristes como los que no tienen esperanza»* de la vida eterna (1 Tes. 4, 13). *«Dios creó al hombre para la inmortalidad»* (Sab. 2, 23)... *«En los días de la juventud acuérdate de tu Hacedor, antes que se torne el polvo a la tierra que antes era, y retorne a Dios el Espíritu que El le dio»* (Ecl. 12, 1 y 7).

«La tienda de nuestra mansión terrena se deshace...» (2 Cor. 5, 1). *«Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo»* (2 Ped. 1, 14). Nuestro cuerpo es llamado en la Biblia una «casa» y una «tienda» con relación al alma que lo habita. Un día será destruido por la muerte pues es móvil e inestable como las tiendas del desierto que se llevan consigo según se va peregrinando...; pero *nos espera una mansión eterna en el cielo* (2 Cor. 5, 1-10), pues *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de*

una que es eterna» (Heb. 13, 14) .

Todos nos vamos muriendo...

La muerte llega lentamente, pero seguramente... A excepción de los casos de muerte repentina, la muerte se nos va anunciando progresivamente en las diversas enfermedades, en las dolencias, en la vejez...

Cuando uno llega a los 80 años, ya no se pueden hacer ilusiones de que vivirá mucho tiempo, porque la edad misma, los cabellos que se caen, la circulación que no es perfecta..., son señales de que la muerte avanza y se nos aproxima...

Los jóvenes, por ser jóvenes, tampoco debieran hacerse muchas ilusiones. Yo puedo decir por experiencia, que cuando me ordené de sacerdote a mis veinticuatro años, pensaba de esta manera: cuando uno se moría en mi parroquia de 60 ó 70 años, me decía: ¡qué viejo era! ¿quién llegará a esa edad?... y cuando ya tenía 70 años, decía de los que morían de mi edad: ¡no era viejo! y ahora que tengo 85 años me quedo pensativo, y hasta me creo joven porque gracias a Dios aún gozo de bastante salud... Y ¿por qué puedo seguir haciéndome ilusiones, cuando la Escritura Santa

dice: *«La vida del hombre son 70 años y 80 en los más robustos; pero también la robustez es apariencia, un nada, porque se corta en un instante y volamos...»* (Sal. 90, 10). Lo que pasa de 80 años no suelen ser más que achaques y dolores, y ¡cuántos no llegan a ellos!... y ¿qué son 80 ó 100 años relacionados con la eternidad?.

He dicho antes: «Tengo 85 años», y esto no es exacto, porque lo propio sería decir: «No tengo 85 años», porque ya se han pasado, los he vivido ya... y así cuando decimos: «ya tengo un año más», por ser esto falso, lo mejor sería decir: «Ya tengo un año menos»...

La vida poco a poco se nos va retirando. Aquí somos viajeros, peregrinos, y ¡qué poco pensamos en el término de nuestra peregrinación!.

Vivimos muy engañados. «Los hombres, dijo Pascal, no habiendo podido remediar la muerte, han determinado, para ser felices, no pensar en ella. Eso es cuanto han podido inventar para consolarse». Los hombres del mundo no quieren que se piense en la muerte, pero Jesucristo ordena que pensemos en ella, y así nos dice: *«Estad preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre»* (Lc. 12, 35-40). Notemos que nos dice: *«Estad Preparados»*, no que nos preparemos, porque *«el día del Señor vendrá como un*

ladrón durante la noche» (1 Tes. 5, 2).

El mismo Jesucristo, después de decir a todos: *«Estad alerta, velad y orad ya que no sabéis cuando será el tiempo»*, propuso esta parábola: *«Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad. Y discurría para consigo, diciendo: ¿Qué haré? que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos. Al fin dijo: Haré esto: derribaré mis graneros y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes... para muchísimos años; descansa alma mía, come, bebe y date buena vida.*

«Pero le dijo Dios: Insensato, esta misma noche han de exigir de tí la entrega de tu alma. ¿De quién sera cuanto has almacenado?. Esto es lo que sucede al que atesora para sí, y no es rico a los ojos de Dios» (Lc. 12, 16-22).

«Nuestro Señor, dice San Gregorio Magno, que no nos es conocida la última hora, para que desconfiemos siempre de ella, y no pudiendo prevenirla, estemos siempre dispuestos a su llegada» (Homil. 13 In. Ev.).

El gran misionero

Un día el celebre Padre Bourgeois, Redentorista, comenzó así un sermón sobre la muerte, cuyo

exordio transcribo, porque puede servir a todos de meditación:

«Desde el día que se cometió el primer pecado en la tierra, Dios envió sobre ella un gran misionero, que trabaja incesantemente en la versión de los pecadores...; él tiene tal elocuencia como no la tiene otro alguno.

Cuando nosotros hablamos, el indiferente queda frío; el incrédulo, sonríe; pero cuando ese misionero habla, los más fríos enmudecen. Este misionero habla a todos los auditorios posibles a los Papas, a los reyes, a los ricos y a los pobres... El predica no sólo en los templos, sino en todas partes; todas las puertas le están abiertas; el recorre todos los paises: América como Africa, Oceanía y el Asia como Europa... Este misionero conoce todas las lenguas de los pueblos; el hace arrancar lágrimas a todos los hombres... Este misionero es la muerte».

La muerte es la gran niveladora de todas las clases sociales. Nada hay más cierto que la muerte, pero nada más incierto que el día y la hora en que hemos de morir.

La certeza de la muerte nos asusta, porque sabemos que hemos de morir, ya que la fe y la experiencia de todos los días nos lo dicen, pero lo terrible es su incertidumbre.

«Dios, dice San Agustín, os promete que el día en que a El volváis olvidará los pecados que hayáis cometido; pero jamás promete el día de mañana. El último día está oculto, para hacer santificar todos los días» (Homil. 13 Ev.).

Lecciones de la muerte

1ª lección: Yo soy el fin de la vida

Así habla la muerte. Ella es fin inevitable. «Todas las cosas del porvenir, dice San Agustín, son inciertas; solamente la muerte es cierta». No hay lugar a dudas que todos moriremos. Nadie lo niega, la fe y la experiencia de cada día lo confirman.

1) **Yo moriré.** «Está decretado». Moriré... aunque sea joven y goce de salud... Estamos emplazados para una fecha más o menos lejana, pero cierta. Soy un condenado a muerte, y desapareceré, sabio o ignorante... Todos los días cadáveres al cementerio... Pronto me tocará a mí...

2) **Yo moriré,** esto es, se separará mi alma de mi cuerpo, y el alma *«irá a la casa de su eternidad»* (Ecl. 12, 5), y *el cuerpo bajará al sepulcro, para ser comida de gusanos* (Job 17, 14). Mi eternidad ¿será feliz o desgraciada?.

3) **Yo moriré pronto,** pues mi vida, dice el

Espíritu Santo, pasa como una **sombra;** moriré **una sola vez,** y de **improviso...** *«en la hora que menos penséis»* y como esta hora nos ha de fijar en la eternidad con la medida o méritos adquiridos, nos interesa aprovechar bien el tiempo para santificarnos...

2ª lección: Yo te despojaré...

La muerte me separará del lugar y de las personas con quienes convivo, me despojará de la casa y de los bienes que poseo..., y mis haciendas pasarán a otras manos... La muerte es un adiós para siempre a las riquezas, a los negocios de este mundo, a los honores y placeres... Como dice el Santo Job: *«Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a la tierra».*

¿A qué acaparar y preocuparse tantp de lo que pronto hemos de dejar?. Pensemos que como al rico del Evangelio, nos puede sorprender la voz de Dios: *«Necio, esta noche se te arrancará el alma, y las cosas que tienes, ¿a dónde irán a parar?»...*

Si la muerte nos va a despojar pronto de todo, ¿cómo hemos de vivir sino desprendidos de lo que hemos de dejar?... Debemos vivir como el viajero del ferrocarril que va viendo desde el tren hoteles, bosques, fincas..., pero los mira como cosa extraña... y no se entretiene en ellos, porque

su interés es llegar al hogar confortable, a la casa familiar que le espera; más este hogar, esta casa, es para el cristiano el Cielo.

3ª lección: Yo soy el secreto de la vida

Los hombres preguntan: ¿A qué hora pasa el tren? ¿A qué hora se abre el telégrafo?... Y el hombre tiene una respuesta fija... Pero preguntamos a los sabios: ¿Cuándo vendrá o sucederá mi muerte?. Nadie nos sabrá responder.

En todos los pueblos y en todas las parroquias hay dos libros: uno de nacimientos y otro de defunciones. Veamos al fin del año las cifras: Nuestro nombre está escrito en el primer libro, ¿cuándo estará inscrito en el segundo? ¿En el curso de este año? ¿De ésta semana?... Calculemos el número de víctimas humanas que caen diariamente al golpe de la muerte... Se ha dicho que unas doscientas mil diarias. ¿Seré yo de este número? ¿Esta noche?... ¿Cómo moriré?... ¿Dónde?... ¿De qué causa?... No lo sé, lo cierto es que moriré... y por eso Jesucristo nos insiste diciendo: *«Velad... porque en la hora que menos penséis...»*.

¿En qué edad morirás?. ¡Cuántos recién nacidos pasan de la cuna a la tumba!... La muerte se complace en sacrificar víctimas inocentes!...

-Y vosotros jóvenes, ¿cuándo moriréis?. Dentro de veinte años, dentro de diez, dentro de uno,

mañana y tal vez dentro de una hora...

-Y a vosotros ancianos, ¿se os ha de preguntar cuando moriréis?. ¡Ah!, bien sabéis que la muerte no está lejos de vosotros; pero vosotros no pensáis en ella. Y sin embargo vuestros cabellos canos, las arrugas de vuestro rostro, vuestros pasos vacilantes, el bastón que os sostiene, ese cuidado en que os véis, pues sois relativamente muy pocos entre los hombres, bastante os dicen que habéis de pensar en la muerte... De treinta a cuarenta años o bien de cuarenta a cincuenta las generaciones se renuevan casi enteramente...

¿De qué enfermedad moriremos? ¿Qué enfermedad será la precursora de nuestra muerte? ¿Será de larga o corta duración? ¿Tendremos una muerte violenta o dulce? ¿Moriremos de día o de noche? ¿en nuestra cama o de viaje, de muerte prevista o repentina? ¿Moriremos en la mesa, en una tertulia, en los placeres o acaso después del primer pecado que cometamos?. Tales son las formidables preguntas a las que ningún hombre puede responder.

4ª lección: Yo soy el eco de la vida

Como es la vida, tal suele ser la muerte. El que lleva una vida mala, en general tiene también una muerte mala. Cuando se corta un árbol ¿de qué lado cae?. Hacia donde se inclina. Si se inclina a la derecha, cae a la derecha; si a la

izquierda, cae a la izquierda.

Los pecadores son como los árboles que se inclinan a la izquierda, y tienden hacia el infierno. Por eso *«su muerte es pésima»* (Sal. 34, 11). *«Sus días serán abreviados»* (Prov. 10, 27), *porque el pecado es el aguijón de la muerte»* (I Cor. 15, 56). Por eso el Señor nos advierte: *«Guárdate de pecar mucho, porque no vayas a morir antes de tu tiempo»* (Eclo. 7, 18). ¡Cuántos han muerto sin estar preparados y antes de su tiempo!, y al morir han exclamado: *«¿Así me separa la amarga muerte?»* (1 Sam. 15, 32).

Lo que el hombre siembre en esta vida, eso recogerá al fin de la misma. No debemos olvidar que la muerte llega pronto: *«No hay más que un paso entre mi y la muerte»* (1 Sam. 20, 3). Luego debemos estar preparados...

Siempre y en todas partes debemos de vivir como si entonces mismo hubiéramos de morir. Si en este momento se me anunciase que iba a morir, ¿estaba preparado?... «La muerte, dice San Bernardo, os espera en todas partes; pero si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros».

Al Señor hemos de pedir la gracia de saber vivir como quien pronto va a morir. Esto lo entendían bien los santos, los cuales estaban siempre preparados para morir, y por eso no temían la

muerte.

San Luis Gonzaga, siendo aún novicio, jugaba un día al billar en la recreación. Uno de los compañeros le preguntó de improviso: «¿Qué harías si supieses con toda certeza que dentro de unos momentos ibas a morir?». A lo que, sonriente, contestó el santo: «Continuaría jugando». ¿Por qué esta respuesta?. Por que el santo joven estaba siempre dispuesto para la muerte.

Si cosa terrible es ignorar de qué muerte ha de ser víctima nuestro cuerpo, infinitamente más terrible es no saber en qué estado se hallará nuestra alma en el momento de pasar a la eternidad. ¿Tendremos tiempo de prepararnos a la muerte y de arreglar nuestras cuentas con Dios?... ¿Tendremos la fuerza e inteligencia necesaria para hacer una buena confesión y tener suficiente arrepentimiento? ¿Moriremos en estado de gracia?...

Y ante tales dudas y cuestiones, que nadie puede resolver, reimos..., nos divertimos..., dormimos tranquilos..., perdemos el tiempo..., ofendemos a Dios... y no pensamos en la muerte... ¡Cuán ciegos e insensatos somos!...

Como ignoramos completamente el año, el mes, la semana, el día, la hora y el instante de nuestra muerte, es menester estar locos para no emplear los instantes , las horas, los días, las

semanas, los meses y los años en disponernos a la muerte...

La muerte está próxima

«Nuestra vida, dice, San Gregorio Magno, se parece a un viaje por mar. El que boga sobre las olas, está de pie, se sienta o se echa; pero siempre adelanta, arrastrado por el buque. Tal es nuestra vida: ya velemos o durmamos, ya hablemos o guardemos silencio, ya andemos o descasemos en nuestra cama, de grado o por fuerza, nos acercamos cada día y a cada instante al término en que nos aguarda la muerte».

Voy de una tumba a otra tumba, dice San Gregorio Nazianceno. Del seno de mi madre, donde he estado encerrado nucve meses como en una verdadera tumba, voy a la muerte y al sepulcro. La cuna ya se parece a una tumba, y ya anuncia al niño que su destino es morir.

«Los días del hombre duran lo que la hierba, florecen como la flor del campo, que el viento la roza y ya no existe...» (Sal. 103). *«El hombre pasa como una sombra, por un soplo se afana, atesora sin saber para quien»* (Sal. 39). *«Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo,*

y según tus posibles abrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos...» (Eclo. 14, 12-15).

Nuestra vida es muy breve. Preguntad a los ancianos de ochenta años si la vida les ha parecido larga. Os contestarán que les parece que ayer nacieron. Por otra parte, que son cien años, puesto que hemos de morir?.

Los Papas, los emperadores y los reyes, a pesar de su pompa, han de morir. El Papa Esteban II ocupó sólo la sede cuatro días; Celestino IV diez y siete días;... Bonifacio VI quince días; Pío III veintiseis días...; León XI veintisiete días. Este decía al morir: ¡Oh cuánto más dichoso sería si, en vez de las llaves del cielo, hubiese tenido las de un monasterio!... y Juan Pablo I ejerció su Pontificado treinta y tres días...

«Dios, dice S. J. Crisóstomo, ha querido que estuvieramos inciertos sobre la duración de nuestra vida, a fin de que, en esta incertidumbre, no nos separemos nunca de la virtud».

Caminamos sin cesar a la muerte

«El tiempo, dice San Agustín, no es más que una carrera hacia la muerte: cada día morimos:

cada día la muerte nos quita parte de nuestra vida».

«A medida que crecemos en edad, nuestra vida disminuye; y el día actual lo hemos dividido con la muerte» (Séneca). «Así que al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida» (S. Agustín).

La copla popular nos dice: «Desde el día que nacemos a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvide, ni que más cerca tengamos».

La figura de este mundo pasa, como dice San Pablo, y viene a ser todo él un teatro en el que se representa perfectamente la comedia de la vida... Las escenas son muy cortas... Ciudad, casa, dinero, decidme, ¿cuántos dueños habéis tenido?. Ciudad y casa, ¿cuántos habitantes tendréis todavía? ¿Dónde está Sansón, el Hércules del universo? ¿Dónde Salomón, el más sabio de los reyes? ¿Dónde están el elocuente Cicerón y el sabio Aristóteles?... ¿Dónde están tantos hombres famosos, tantos conquistadores, tantos príncipes y tantos ricos?. Han desaparecido en un abrir y cerrar de ojos... Todo pasa rápidamente... Todo prueba nuestra nada...

Esta vida no es más que una muerte lenta... No sé, dice San Agustín, si he de llamar a esta vida una muerte que vive, o una vida que muere.

«¿Quién fue nunca más conocido, más nombrado que Alejandro el Magno, rey de Macedonia?. Dominó hasta las extremidades del mundo; recibió los despojos de una multitud de naciones, y toda la tierra enmudeció en su presencia, dice la Escritura. Se hizo dueño de los pueblos y de los reyes que fueron tributarios suyos. Pero después cayó enfermo, **y... murió** (1 Mac. 1, 1-8). Ayer no le bastaba el universo entero, y hoy le bastan seis palmos de tierra. Así prueba la muerte la nada del hombre... (C. A. Lápide).

¿A qué estado nos reduce la muerte?

Ya nos lo dice la Biblia y también la experiencia: «Oh hombre, *eres polvo y volverás a ser polvo»* (Gen. 3, 19). *«Desnudo salí del seno de mi madre*, dice Job, *y desnudo he de volver allí»*.

«Contemplad al desgraciado pecador olvidado constantemente de Dios durante su vida, y que jamás ha pensado en la muerte para disponerse a ella. Ayer estaba bueno; hoy está postrado en el lecho del dolor. El mal empeora, la fiebre aumenta. Tres personas son llamadas: el sacerdote, el médico y el notario. ¡Cuántos negocios que arreglar!. Y todo corre aprisa, porque el médico declara que la muerte está en la cabecera del lecho.

Todos, por lo demás, lo ven: los ojos del enfermo se oscurecen, se vuelve sordo, su lengua se paraliza, sus mejillas están pálidas y demacradas, y su inteligencia le abandona. Apresuraos sacerdote, médico y notario; la muerte se os va a anticipar. Cada cual, efectivamente, se apresura a llenar su cometido en medio de una familia deshecha en lágrimas. La muerte llega e hiere. Ya no hay más que un cadáver.

La primera persona a quien se avisa, es sepulturero. Mientras que abren la fosa, se apresuran a envolver con los despojos de un paño esos despojos de la muerte. Ya se siente un olor infecto: todo el mundo huye; la putrefacción y los gusanos son los únicos que se acercan. Le arrojan debajo de seis pies de tierra, y queda cerrada la hoya. El cuerpo es abandonado, y el alma juzgada por la eternidad...» (C. A. Lápide).

Después de la muerte los gusanos, dice un poeta; y después de los gusanos el olor infecto y el horror; así todo hombre es convertido en cierta cosa que nada tiene de hombre.

Nacemos en la tierra, dice San Bernardo, morimos en la tierra, y volvemos al sitio de donde hemos salido.

Cuando muera el hombre, tendrá por herencia los reptiles, las bestias y los gusanos (Eclo. 10, 13).

«¿Qué es el hombre? dice San Efrén. Poca cosa. ¿Qué es el hombre?. Algunos gusanos. ¿Qué es el hombre?. Un sueño. ¿Qué es el hombre?. Una sombra. Ha pasado, ha desaparecido. Aquel león invencible, aquel tirano tan fuerte y tan orgulloso, a quien todo el mundo temía, ha muerto; está extendido sobre su lecho mortuorio. El que parecía más grande que todos los hombres, está reducido a la impotencia; el que se enseñoreaba de los demás es esclavo; el que los ataba con cadenas, está atado».

De San Gregorio Magno es esta reflexión: «Cuando llegue el día de nuestra muerte, ¿de qué nos servirá lo que hemos buscado con tanto trabajo, y lo que hemos reunido con tanto afán?. No busquemos honores ni riquezas, puesto que habremos de abandonarlos. Si queremos bienes, busquemos y amemos los que hemos de poseer siempre; si tememos los males, temamos los que sufren los réprobos, que no tendrán fin».

«¡Oh cuidaos de los hombres! ¡oh, que vacío se halla en el fondo de las cosas» ¡Qué pensamiento más aterrador!. De todos los bienes, de todos los placeres, de todas las criaturas de quienes disponemos, no ha de quedarnos más que el sepulcro (Job. 17, 1).

Lecciones de cuatro Cardenales

1. **El Cardenal Baronio** puso en su anillo esta inscripción: *«Memento mori»:* «acuérdate que has de morir». Tengámosla presente también nosotros.

2. **Carlos Borromeo.** Este santo Cardenal solía tener sobre su mesa una calavera...; y para que no se tuviera miedo a la muerte, le puso una llave de oro a un esqueleto humano, indicando que ella nos abría la puerta del cielo.

3. **El Cardenal Portocarrero,** para recordarnos en que viene a parar nuestro cuerpo, mandó poner sobre su sepultura (que está bajo el pavimento por donde pasan los transeuntes en la catedral de Toledo), sólo estas palabras: **pulvis, cinis, nihil:** polvo, ceniza, nada.

4. **El Cardenal Richelieu** estaba bastante apegado a las obras de arte... y al morir decía apenado: «¿De quién serán estas cosas?»... Reflexiona tú ahora y dí «¿A qué manos irán a para todas mis cosas?»... ¡Cuántos afanes inútiles!...

Concepto cristiano de la muerte

La Liturgia en la Misa de Difuntos nos dice: «La vida se cambia, no se aniquila, y disuelta nuestra morada terrestre, conseguimos la mansión eterna en los cielos». El cristiano muda la vida

presente por otra mejor. Para el cristiano, la muerte no es el término de la vida. Es el comienzo feliz de una nueva existencia.

«Con la muerte pasamos a la inmortalidad: No podemos llegar a la vida eterna sin salir de esta vida, la muerte no es una muerte, es un tránsito» (S. Cipriano).

«En la tierra, dice San Bernardo, el justo muere lleno de días, y aparece allá donde se enucentra la plenitud de los días».

Es de fe que «las almas de todos los santos... inmediatamente después de la muerte (y su purificación si la necesitan), antes de la resurrección de los muertos y del juicio final... ven la esencia divina... y las lamas de los que mueren en pecado mortal, inmediatamente después de la muerte, descienden al infierno donde son atormentadas» (Defin. Bend. XIII. Dz. 530-1).

En el Nuevo Testamento Jesucristo nos dice que nuestra alma es inmortal, pues nadie puede matarla (Mt. 10, 28). *«Los impíos irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna»* (Mt. 25, 47).

Ejemplos de Santos ante la muerte

-San Pablo: *«Tengo ganas de quedar libre (del cuerpo) para estar con Cristo»* (Fil. 1, 23).

-**San Cipriano:** «al oir la sentencia de muerte que contra él fulminaron, exclamó: Doy gracias a Dios omnipotente que se digna libertarme de las cadenas de este cuerpo».

-**San Esteban,** según cuenta San Gregorio Nacianceno, en el momento de su muerte, nada veía de lo que pasaba a su alrededor, pero veía a Jesucristo.

-**San Ambrosio:** «No he vivido para temer la muerte; y no la temo, porque el Señor es bueno».

-**San Jerónimo** exclamaba: ¡Ay que larga ha sido mi peregrinación!. Mi alma os desea, Dios mío, como el siervo que corre sediento al manantial de agua viva.

-**San Francisco de Asís** murió cantando. Cuando el médico le dijo: «Según el arte médico, tu mal no tiene remedio», el pobrecillo de Asís levantó los brazos al cielo y gritó: «Bienvenida seas, Hermana Muerte». Y llamando a Fray León, ordenó que le cantasen el «Cántico del Hermano Sol», al que añadió una última estrofa: «Loado seas, mi Señor, por nuestra Hermana Muerte corporal». Luego con voz apagada recitó el salmo 143 que dice: «Saca mi alma del cuerpo para que vaya a cantar tu Nombre».

Y el doctor eximió **P. Francisco Suárez,** en el momento de su muerte, se le oyó exclamar: «Una

cosa no sabía, ¡que fuera tan dulce el morir!».

Recordemos el verso de **Santa Teresa de Jesús** en el que se ve como anhelaba, cual otro San Pablo, ser desatada del cuerpo para estar con Cristo.

¡Qué larga es esta vida,/ que duros estos destierros,/ esta cárcel y estos hierros,/ en que el alma está metida!./ Sólo esperar la salida me causa un dolor tan fiero,/ que muero porque no muero.

Ciertamente diremos con el salmista: *«Es cosa preciosa a los ojos del Señor la muerte de los justos»* (115, 15).

Conclusión

Sabiendo que la vida es muy breve y la muerte nos acecha, procuremos vivir preparados, porque la muerte, como nos dice el Señor, «vendrá como un ladrón». A este fin tengamos presente el dicho de San Bernardo: «Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes; pero si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros».

¿Quién es el más feliz y prudente? Kempis responde: «Es bienaventurado y prudente el que vive de tal modo, cual desea le halle Dios a la

hora de la muerte».

«No temas el fallo de la muerte; acuérdate de los que te precedieron y de los que te seguirán, y que éste es el juicio del Señor sobre toda carne» (Eclo. 41, 5).

«Mientras disponemos del tiempo, obremos el bien...» (Gal. 6, 10), y recordemos que la muerte es fin del tiempo y principio de la eternidad... La muerte es un adiós para siempre a las riquezas, a los negocios de este mundo, a las honras y los placeres... Todas las cosas de esta vida si no se encaminan hacia la eterna, son vanidad... *«pasarán como sombra»* (Sab. 5, 9).

Hay tres muertes, dice el cardenal Hugo: la que procede de la naturaleza, la que procede del pecado y la que procede de la gracia. Con la primera muere el cuerpo, con la segunda el alma, y con la tercera el hombre entero.

La primera separa el alma del cuerpo: la segunda separa el alma de la gracia, y la tercera separa el hombre entero de los estorbos del siglo.

La primera nos sepulta en la tierra; la segunda nos sumerge en el infierno, y la tercera nos hace volar al cielo.

De la primera dice el Eclesiástico: *«¡Oh muerte, qué amargo es tu recuerdo!»*.

De la segunda, dice el salmista: *«La muerte de*

los pecadores es pésima» (34).

Y de la tercera se ha dicho: *«Muera yo la muerte de los justos»* (Núm. 23, 10). *«Es cosa preciosa a los ojos de Dios la muerte de los justos»* (Sal. 115, 15).

«Bienaventurados los que mueren en el Señor»... Bienaventurados los que vàn muriendo al mundo, a la vanidad, al pecado...

APENDICE

No lloréis por los difuntos

Los doce pensamientos siguientes son de San Cipriano, Obispo de Cartago, uno de los mejores escritores religiosos, murió martir en el año 258, víctima de la persecución de Decio, y merece los tengamos en cuenta por sus bellas enseñanzas.

1

Los difuntos nos preceden. Uno de sus presbíteros fue reprendido sobrenaturalmente porque temió morir. La visión le dijo: «Temeis padecer y no queréis salir del mundo; ¿qué voy a hacer con vosotros?».

A nosotros mismos también, aunque somos los

más pequeños y los últimos, ¡cuántas veces se nos ha revelado, cuán frecuente y manifiestamente se nos ha mandado, por dignación de Dios, predicar asiduamente y confirmar en público que no debemos llorar a nuestros hermanos porque los llame el Señor a sí, libertándolos de este siglo!.

Debemos saber que estos no se pierden, sino que preceden a los que van de vuelta, como ocurre a los viajeros y navegantes; que se les debe echar de menos, pero no llorarlos.

2

No debemos vestirnos de luto, cuando ellos han recibido ya las vestiduras blancas; no debemos dar ocasión a los gentiles para que nos reprendan con razón por llorar como perdidos y muertos a los que decimos y viven en Dios, y no probrar, con el testimonio de nuestro corazón y de nuestro pecho, la fe que manifestamos con nuestras palabras.

Somos prevaricadores de nuestra fe y de nuestra esperanza; parece que es simulado, falso y fingido todo cuanto decimos. Nada aprovecha manifiestan virtud con las palabras, y con las obras destruir la verdad».

3

Esperanza en Cristo. Finalmente, el apóstol San Pablo reprueba, culpa y reprende a los que se

contristan por la muerte de los suyos, y dice: *No queremos que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza. Pues, si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomó consigo a los que durmieron en El* (1 Tes. 4, 13-14). Dice que se contristan en la muerte de los suyos los que no tienen esperanza. (Es natural que nos entristezcamos y nos cause cierta pena la muerte de nuestros seres queridos; pero notemos que el apóstol no nos dice que no lo sintamos y lloremos en el día de su muerte, sino que **no nos entristezcamos como los que no tienen esperanza de la vida eterna**).

4

Mas los que vivimos con la esperanza y creemos en Dios y que Cristo padeció por nosotros y resucitó, permaneciendo en Cristo y resucitando por El y en El, ¿por qué no queremos alejarnos de este siglo o lamentamos y lloramos como perdidos a los nuestros cuando mueren?. Sobre todo aconsejándonos el mismo Cristo, nuestro Dios y Señor, y diciendo: *Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí, no morirá para siempre* (Jn. 11, 25-26). Si creemos en Cristo tengamos fe en sus palabras y promesas; y no

habiendo de morir para siempre, vayamos con alegre confianza a Cristo, con quien hemos de vivir y reinar por toda la eternidad.

5

La llegada a la eternidad. Cuando morimos, no hacemos sino pasar, mediante la muerte, a la inmortalidad. No puede llegarse a la vida eterna sin que salgamos de este mundo. No es ésta una verdadera muerte, sino más bien un tránsito y un paso a la eternidad después de recorrido el camino del tiempo.

¿Quién no se apresura por llegar a lo mejor? ¿Quién no anhela ser cambiado y reformado a imagen de Cristo y llegar cuanto antes a la dignidad de la gracia celestial?. Asi nos lo predica el apóstol San Pablo (Fil. 3, 20-21), diciendo: *Somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, que transformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso.*

6

Tales nos promete que seremos el mismo Señor cuando ruega al Padre para que estemos con El, y vivamos con El en los asientos eternos, y nos regocijemos en el reino celestial, diciendo: *Padre, lo que tú me has dado quiero que donde esté Yo estén ellos también conmigo, para que*

vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo (Jn. 17, 24).

El que ha de ir al trono de Cristo, a la claridad del reino celestial, no debe entristecerse ni llorar, sino gozarse en esta su marcha y traslado, según la promesa del Señor. Así hallamos que fue trasladado Henoc, el cual agradó al Señor, como dice la Escritura Divina en el Génesis (5, 24): *Y Henoc agradó a Dios, y desapareció, pues Dios se lo llevó*. En esto consistió haber agradado a Dios, el merecer el traslado del contagio de este siglo.

7

El Espíritu Santo nos enseña también por boca de Salomón que aquellos que agradan a Dios se eximen más tempranos y quedan antes libres de los lazos de este mundo, para que no se manchen con su contacto viviendo largo tiempo en él. *Fue arrebatado*, dice, *porque la maldad no pervirtiese su inteligencia, y el engaño no extraviase su alma* (Sab. 4, 11).

De esta manera también en los salmos el alma devota se da prisa para ir al Señor por medio de la fe en su Dios, diciendo: *¡Cuán amables son tus moradas, Dios de las virtudes!. Anhela mi alma y ardientemente desea los atrios del Señor* (Sal. 83, 2-3).

8

Deseo cristiano de la muerte

Seamos lo que creemos. Querer vivir largo tiempo en este mundo es propio de aquel a quien el mundo deleita, de aquel a quien invita el siglo con los halagos y engaños de los placeres terrenos. Y a la verdad aborreciendo el mundo al cristiano, ¿porqué amas a quien te aborrece y no sigues mejor a Cristo, que te ha redimido y te ama?. San Juan en su epístola nos exhorta a que no amemos los deseos carnales y sigamos al mundo.

No améis al mundo -dice- *ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios, permanecerá para siempre* (1 Jn. 2, 15-17).

9

Hermanos carísimos, preparemonos con ánimo íntegro, con firme fe y virtud robusta para cumplir en todo la voluntad de Dios, y, rechazando todo temor a la muerte, pensemos en la inmortalidad

que la sigue. Mostremos siempre que somos lo que creemos, de modo que no lloremos la muerte de las personas queridas; y cuando llegue el día de nuestro tránsito, marchemos alegres sin vacilar al Señor, que nos llama. Lo cual, si siempre deben hacerlo los fieles de Dios, con mucha más razón ahora puesto que el mundo toca a su término y está rodeado de un diluvio de desdichas; para que los que vemos que han empezado ya las cosas graves y sabemos que amenazan otras peores, consideremos como la mayor ganancia el alejarnos cuanto antes de este mundo.

10

Si las paredes de tu casa empezaran a vacilar a causa de su vejez, y estuviera para hundirse el tejado, y toda la casa en general amenazase ruina, ¿no te saldrías de ella cuanto antes?. Si estando embarcado y en alta mar, una borrascosa tempestad con sus embravecidas olas te anunciase un próximo naufragio, ¿no caminarías inmediatamente a alcanzar el puerto?.

He aquí que este mundo vacila y da testimonio de su ruina, no tanto por la antigüedad cuanto por el fin de las cosas; ¿y no das tú gracias a Dios, no te regocijas, porque, sacado de él por más apresurada muerte, quedas completamente libre de las ruinas, naufragios y plagas que te amenazan?.

11

Apresurémonos a llegar cuanto antes. «Debemos pensar y considerar constantemente, hermanos carísimos, que hemos renunciado al mundo y que vivimos aquí en la tierra como huéspedes y peregrinos. Abracemos el día que asigna a cada uno su domicilio, que nos restituye, sacándonos de este siglo y completamente libres de los lazos seculares, al paraiso y reino celestial.

¿Quién que esta lejana región no se apresura a volver a su patria? ¿Quién, al navegar hacia los suyos, no desea un próspero viento para volver más pronto estrechar entre sus brazos a los que quiere?.

Nosotros tenemos por patria el paraiso y ya hemos empezado a considerar a los patriarcas como nuestros padres; ¿por qué no nos damos prisa y corremos para ver nuestra patria y saludar a nuestros padres?.

12

Gran número de nuestros allegados nos están esperando. Padres, hermanos, hijos, nos aguardan en copiosa muchedumbre, seguros de su inmortalidad y solícitos por nuestra salud. ¿Cuánta no será la alegría, para ellos y para nosotros juntamente, al llegar a su presencia y a sus abrazos? ¿Cual será allí el gozo del reino celestial, sin temor a la

muerte y con la seguridad de la vida eterna? ¡Cuán grande y perpetua felicidad!.

Allí, en el cielo, está el coro glorioso de los apóstoles; allí la multitud de los profetas que se regocijan; allí la innumerable muchedumbre de mártires, coronados por la victoria alcanzada en la confesión y en los padecimientos; allí las vírgenes triunfantes, que sometieron la concupiscencia de la carne y del cuerpo con la virtud de la continencia; allí premiado los misericordiosos, que hicieron obras de justicia, dando alimentos y limosnas a los pobres, y que, observando los preceptos del Señor, trasladaron sus patrimonios terrenos a los tesoros celestiales.

Apresuremonos, hermanos carísimos, a llegar cuanto antes; anhelemos estar pronto con ellos y acercarnos a Cristo. Vea Dios este nuestro pensamiento y considere este propósito de la mente y de la fe nuestro Señor Jesucristo, que ha de dar mayores premios de gloria a los que hayan tenido mayores deseos de El.

PIENSA EN LA ETERNIDAD

¿Qué es la eternidad?

Para formarnos un concepto claro de la eternidad es preciso compararla con el tiempo, y de

esta manera podremos decir que la eternidad en sí «es una duración interminable», es decir, una duración sin principio, sin fin y sin sucesión o movimiento.

El tiempo se compone de horas, días, meses, años y siglos, esto es, abarca todos los tiempos y no tiene partes, de tal modo que cien siglos no son ni una pequeñísima parte de la eternidad. La eternidad es **ausencia de años...,** es lo interminable.

¿Qué es la vida más larga?. La vida más larga viene a tener unos ochenta años, según el salmista (90, 10), y si vivimos más tiempo, no es la vida lo que tenemos sino una larga muerte, y ¡cuántos no llegan a esa edad!... ¿qué son ochenta años y aún mil, comparados con la eternidad? ¡Oh eternidad, qué larga eres... pues aunque se pasen cientos y miles de años, nunca tienes término!.

El teólogo Severino Boecio definió a la eternidad diciendo que era «una total y perfecta posesión de una vida interminable», la cual definición conviene principalmente a Dios, ser necesario inmutable, increado, eterno e indestructible por su naturaleza. La eternidad es el mismo Dios. Sólo El es esencialmente eterno, pues como leemos en la Escritura: *«Antes que los montes fuesen, y fuesen formados la tierra y el orbe, eres Tú, oh*

Dios, desde la eternidad y para siempre» (Sal. 90, 2). *«Desde el principio formaste Tú la tierra, y obra de tus manos es el cielo; pero estos perecerán, y Tú permanecerás..., Tú siempre el mismo y tus años no tienen fin»* (Sal. 102, 26-28).

Pero Dios nos ha revelado que ha dado la eternidad futura a los ángeles y a los hombres, a los que creó a su imagen y semejanza por la eternidad... *Los reprobos,* dice Jesucristo, *irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna»* (Mt. 25, 46). El hombre, dice el Eclesiastés *«irá a la casa de su eternidad»* (12, 5). Dios hizo al alma inmortal (Sab. 2, 23; Mt. 10, 28).

La eternidad de las penas y de las recompensas es un dogma de fe. Todos los siglos y todas las naciones, hasta las pagánas, han creido constantemente en la eternidad de las recompensas y de las penas.

Otras definiciones de la eternidad

Estas definiciones son las que nos dan algunos santos y vienen a concordar con el concepto antes expresado, y con las siguientes palabras:

San Gregorio Nazianceno, no sabe que decirse de lo que es, sino lo que no es, y así dice:

La eternidad no es tiempo ni parte de tiempo, porque el tiempo y sus partes se pasan, mas en la eternidad no se pasa ni se ha de pasar nada. Porque todos los tormentos con que entra un alma en el infierno, tan enteros y vivos como fueren al principio, la han de atormentar después de millones de años, y de todos los gozos con que entra el justo en el cielo no se ha de menoscabar alguno.

San Dionisio Aeropagita dice que la eternidad es inmutabilidad, inmortalidad, incorruptibilidad de una cosa toda existente, y en espacio que no parece sino que siempre se está de una misma manera... Es la eternidad inmutable, porque no se compadece con ella mudanza; es inmortal, porque no cabe en ella fin; es incorruptible, porque nunca tendrá disminución...

El Padre Eusebio Nieremberg refiriéndose a San Bernardo, dice: «De otra manera declara San Bernardo la eternidad, diciendo «que es la que abraza todo tiempo», el pasado, el presente y el futuro; porque no hay días, ni años, ni siglos que harten la eternidad... Ella sola se sorbe todos los tiempos posibles e imaginables...; abraza todo tiempo, porque goza cada instante lo que ha de gozar en todo tiempo...

Es larguísima, porque sobrepuja a todo tiempo y durará infinitos espacios; es brevísima, porque en un instante de tiempo tiene lo que puede tener por tiempo infinito. Porque así como el tiempo es un instante que vuela y pasa, porque no hay en el tiempo más que el instante presente, el cual está siempre corriendo y mudándose de uno en otro cada paso y momento, así la eternidad no es más que un instante que permanece y que está siempre fijo y estable, porque en ella están todas las cosas juntas y consistentes siempre en un mismo estado. Por ella pasan todos los tiempos, y, sucediéndose unos a otros, ella está siempre y perseverante en todos.

Pensemos que todos estamos de paso, y que muy pronto caeremos en la eternidad como en un abismo sin fondo y sin orillas, en una duración sin fin. ¡Para siempre!... ¡Qué poco pensamos esto!. Por eso Jesucristo nos dice: **Estad preparados...** ¿Lo estoy yo al presente?.

La eternidad es doble: feliz o desgraciada. ¿Cuál escogeremos?. Del modo que al presente vivamos, viviremos luego eternamente.

El pensamiento de la eternidad

Dios, en su bondad, nos ha creado inmortales,

según las palabras del libro de la Sabiduría, y nos ha destinado a una eternidad feliz, y desde el día que nacemos vamos caminando a la eternidad: «**Irá el hombre a la casa de su eternidad**» (Ecl. 7, 5).

San Ambrosio nos dice: «Dormís, y el tiempo, que se os ha concedido, pasa». El tiempo, ciertamente, pasa velozmente, y ¡cuán poco los aprovechamos en la práctica de las buenas obras mirando a la eternidad!.

A este fin, antes de cada acción debemos pensar y decir: **Vivo para la eternidad.** Trabajo..., estudio..., rezo para la eternidad.

Pensaré, pues, y obraré, y hablaré como quisiera haber pensado, hablado y obrado durante la eternidad.

Este pensar en la eternidad llama San Agustín «gran pensamiento», y él es el que nos moverá siempre a obrar el bien. El nos apartará del pecado y nos inclinará a una penitencia saludable y a su vez a la práctica de la virtud... y ante las vanidades de este mundo, a cada momento, cual otro San Luis Gonzaga, nos inducirá a exclamar: «¿Qué valor tiene esto en orden a la eternidad?».

El pensamiento de la eternidad fue el que estremeció al penitente rey David y le movió a la enmienda de su vida: *«Pensé en los días antiguos*

y tuve en mi mente los años eternos» (Sal. 77, 5).

Este pensamiento fue también el que movió tan elocuentemente a predicar al Santo P. Claret, y el que llenó la mente de Santa Teresa de Jesús desde su infancia, la cual repetía: «¡Eternidad! Jamás! ¡Siempre!» y en este pensamiento tuvo comienzo aquella vida de santidad.

Estamos en la puerta de la eternidad, y ¡qué poco pensamos que podemos entrar en ella ya desde la niñez, cuando menos lo pensemos!. Hemos, pues de vigilar... y trabajar sin descanso obrando el bien, ya que la eternidad es bastante larga para descansar (Apoc. 14, 13).

Hemos de vivir pensando en lo que es eterno y no cifrar sólo nuestras esperanzas en las cosas de la tierra que pronto tenemos que dejar.

¡Oh, hombres ciegos! que mañana debéis morir y tal vez hoy, andad ahora, no tratéis más que del bien de vuestra familia, no penséis más que en obtener títulos, en construir casas, palacios, fortalezas! ¿Os creis eternos? ¡Mañana moriréis!. La muerte cerrará vuestro último acto, y acabarán los honores, las riquezas, las ambiciones y los placeres; la avaricia no hallará ya lugar, y todas las codicias quedarán apagadas para siempre...

El P. Nieremberg, después de decir con Santo Tomás que la memoria de la eternidad es más

eficaz que la de la muerte, dice: Si bien una y otras son muy importantes, sin embargo la memoria de la eternidad es más fecunda en santas obras. Por ellas las vírgenes guardaron su pureza, los anacoretas vivieron penitentes y los mártires desafiaron tormentos, siendo así que ninguno de ellos temía la muerte. Muchos filósofos moderaron su vida pensando en la muerte...

«La vida del hombre no es sino un camino peligroso que va a la orilla de la eternidad y con certeza de caer en ella. ¿Cómo vivimos descuidados? ¿Qué abiertos llevaría los ojos, con que tiento pondría los pies quien caminase juntamente a un gran despeñadero, no por más ancha senda que cuanto cabían los pies, y esa llena de tropiezos?. Pues, ¿cómo los que andan cerca de la eternidad no atienden a su peligro?...»

¡Oh, eternidad!. Meditemos sobre la eternidad... y vivamos en gracia de Dios para merecer la eternidad feliz.

«Contados tiene el Señor los días de los que viven sin mancilla; y la herencia de éstos será eterna» (Sal. 37, 18).

Al que teme al Señor le irá bien en sus postrimerías y el día de la muerte hallará gracia» (Eclo. 1, 13).

¿Cómo me sorprenderá la hora de entrar en la eternidad? ¿En gracia o en pecado?. De mi depende. **«Salvame, oh Señor, pues tengo puesta en Tí mi esperanza»** (Sal. 16, 1).

INDICE

Presentación 3

PIENSA EN LA MUERTE

Pensar en la muerte es muy ventajoso 5
Origen de la muerte 6
No hay quien resista a la muerte 8
Todos nos vamos muriendo... 10
El gran misionero 12
Lecciones de la muerte 14
1ª lección: Yo soy el fin de la vida 14
2ª lección: Yo te despojaré... 15
3ª lección: Yo soy el secreto de la vida 16
4ª lección: Yo soy el eco de la vida 17
La muerte está próxima 20
Caminamos sin cesar a la muerte 21
¿A qué estado nos reduce la muerte? 23
Lecciones de cuatro Cardenales 26
Concepto cristiano de la muerte 26
Ejemplos de Santos ante la muerte 27
Conclusión 29

APENDICE

No lloréis por los difuntos 31
Deseo cristiano de la muerte 36

PIENSA EN LA ETERNIDAD

¿Qué es la eternidad? 39
Otras definiciones de la eternidad 41
El pensamiento de la eternidad 43